

## HOMBRES DE HIELO Y QUEBRANTAHUESOS



Una heterogénea hilera de curiosos ojos preadolescentes miraba el contenido de los surtidos botes de vidrio que descansaban sobre la mesa del profesor.

—¿Qué son? —preguntó un muchacho.

—Egagrópilas —contestó el maestro, sonriendo.

—Parecen trocitos de caca —dijo otro chico con el rostro lleno de granos, provocando exclamaciones jubilosas entre sus compañeros.

El profesor sonrió con condescendencia: ése era un comentario que se había acostumbrado a oír cada vez que mostraba egagrópilas en una clase. Cogió un bote, vertió el contenido en su mano y lo examinó como si lo viera por primera vez.

—¿Sabe alguien qué son los egagrópilas? —preguntó a sus alumnos.

—Es lo que vomitan las lechuzas —respondió otro muchacho, ocasionando más risas colectivas.

—Bueno, Albert tiene razón, más o menos —concedió el maestro—. Los egagrópilas son bolitas de material indigesto: pelo, plumas, huesos, etcétera que las aves rapaces «vomitan», como ha dicho. Todas las rapaces los producen, no sólo las lechuzas, aunque generalmente estudiamos egagrópilas de lechuza porque son más interesantes.

Manel, el chico de la cara granulada, volvió a intervenir:

—A mí me siguen pareciendo trocitos de caca.

El profesor miró a Manel con fingida preocupación.

—Vaya, Manel, si tu caca se parece a esto —dijo, levantando el bote y señalando su contenido—, creo que no comes suficiente verdura.

Satisfecho con su ocurrencia, el maestro dejó que los gritos jocosos de los alumnos se extinguieran mientras revolvía su bolsa en busca de otro bote, su *pièce de résistance*. Lo sostuvo en alto para que la clase lo viera. Dentro había dos objetos de base ancha con forma aproximada de gota que parecían bolas de pelo deformes y de enorme tamaño.

—Estos también son egagrópilas —anunció—, pero no son de lechuza. ¿Alguien puede decirme a qué especie corresponden?

—¡Águila!

—¡Zorro!

—¡Buitre!

El profesor asintió con la cabeza.

—¡Muy bien, Míriam! Estos gránulos son de un tipo de buitre, un buitre muy especial llamado quebrantahuesos, también conocido como «cluchigüesos».

El quebrantahuesos es una de las cuatro especies de buitre presentes en España, donde en la actualidad se limita al Pirineo y el Prepirineo de Cataluña, Aragón y Navarra. Hace tan sólo treinta años atrás se podía encontrar en la sierra de Cazorla, en Andalucía, pero las 2-3 parejas que honraban aquellas montañas en 1980, y que con todo merecimiento deberían haber sido un centro de atención y orgullo local, se habían

extinguido envenenadas en 1986. Es evidente que alguien no sintió admiración por la espléndida presencia física de este ave, su envergadura de casi 3 metros y su característica cola larga en forma de rombo.

Sin embargo, para cualquier persona normal un encuentro repentino con un quebrantahuesos implica un placentero hormigueo de electricidad transmitida por el aire, el goce de un regalo para la vista. El quebrantahuesos tiene las alas rectas, de bordes paralelos, que le otorgan una silueta de vuelo cruciforme, y esto, unido a la coloración anaranjada ferrosa de los pájaros adultos y sus largas cerdas, que forman un carismático bigote colgante, facilitan en gran medida la tarea de identificar correctamente la especie, de modo que incluso observadores relativamente noveles pueden sacar el nombre de este ave de su forma de vuelo con un alto grado de confianza.

Incluyendo las 12-15 parejas que viven en la vertiente francesa, los Pirineos albergan unas 100 unidades reproductivas de quebrantahuesos (una expresión que se explicará en breve). Quizá no parece mucho, pero en realidad representa aproximadamente un 80% de toda la población reproductora de Europa: 14-16 parejas en Creta, 5-8 parejas en las montañas balcánicas de Grecia y unas 8 parejas en Córcega son los apurados restos de una especie que sufrió descensos generalizados durante el siglo XX. Así pues, teniendo en cuenta todos los factores, la evolución de la población pirenaica en las últimas tres décadas supone el anverso de la moneda, un éxito de la conservación. Echemos un vistazo a las cifras: en 1980 sólo había 26-30 parejas de este buitre en el Pirineo español, una población que aumentó hasta 61 parejas en 1994 y que en 2003 se situó en la apreciable cantidad de 83 parejas. Una tendencia demográfica positiva que ha superado incluso las previsiones más optimistas.

La parte del león de este éxito cabe atribuirlo al establecimiento de un programa de alimentación suplementaria en los Pirineos en 1986. Desde ese año ha existido una red creciente de estaciones de alimentación artificial que proporciona a los quebrantahuesos una fuente de comida previsible, más o menos semanalmente, desde diciembre hasta abril o mayo. El menú consiste normalmente en un 90% de succulentas extremidades de oveja y un 10% de deliciosos esqueletos de ungulados domésticos y se puede encontrar en cualquiera de los restaurantes de buitres, cuidadosamente ubicados en lugares abruptos y tranquilos con muy poca presencia humana y baja presión de caza. Además de suministrar a las aves alimentos seguros y no tóxicos, contribuyen también a fijar aves jóvenes e imprevisibles, algunos de las cuales se sienten francamente invitadas a quedarse hasta que alcanzan la madurez sexual y se establecen como reproductores. La eficacia de la alimentación artificial para contribuir a la recuperación del quebrantahuesos en los Pirineos españoles está fuera de toda duda:

basta con comparar la tasa de mortalidad juvenil de la especie en Sudáfrica, de un 88,5%, con la de los Pirineos, de un 21,4%; o bien, dicho de otro modo, se ha registrado un aumento sustancial de la supervivencia entre los preadultos con un 60% de jóvenes plumados que alcanzan la madurez.

El quebrantahuesos es célebre por su dieta especializada en huesos, y tanto su nombre en castellano como en catalán (*trencalòs*) hace alusión a su hábito de partirlos para obtener el nutritivo tuétano y romperlos en fragmentos más pequeños, que se engullen más fácilmente. Si bien cuando se aplica el término «quebrantahuesos» a un ser humano evoca la imagen de un personaje espantoso, un presidiario con la cara cortada, la nariz torcida y la mandíbula cuadrada, la versión ornitológica que comparte el mismo nombre dista mucho de ser el equivalente del matón de nariz corva. Cuando se reúnen en torno a una carroña recién descubierta grupos de buitres manchados de sangre y jorobados, parlotando y apiñándose malhumoradamente alrededor de sus vecinos, el refinado quebrantahuesos suele ser el último en comer, mirando desde la distancia con altiva aversión por el grosero comportamiento de sus afortunadamente lejanos parientes.

El maestro, satisfecho de recibir una atención más completa de la que probablemente obtendría de cualquier otra clase, siguió hablando.

—¿Y cómo creéis que el quebrantahuesos rompe los huesos que come? —preguntó.

Una bonita muchacha con coleta levantó la mano.

—¿Con el pico? —preguntó Sara.

—Bueno, podría partir trozos pequeños con el pico de vez en cuando, pero le costaría trabajo romper un hueso grande y grueso de ese modo.

—¡Con un martillo! —respondió alguien; era, por supuesto, un chico.

El profesor lo miró pensativo.

—Con un martillo no, Joan: con un yunque.

Todos los quebrantahuesos adultos utilizan «yunques» naturales, áreas de roca llanas con una pendiente de más de 45°, característica que favorece el procedimiento de rotura de huesos debido a los impactos sucesivos. De hecho, muchas aves emplean reiteradamente zonas preferidas para este fin, por lo general expuestas a los vientos dominantes para facilitar el vuelo y evitar la acumulación de nieve, que impediría su función de fragmentación. Los huesos más duros se rompen en una operación que puede llegar a repetirse hasta veinte veces, en la que el quebrantahuesos, volando en horizontal a 33-40 km/h, deja caer el hueso desde una altura que va desde 20 hasta

1.250 metros. Luego el ave desciende con un rápido vuelo en espiral para recoger su comida. El quebrantahuesos tiene predilección por los huesos de las extremidades de ungulados de tamaño mediano: principalmente ovejas, cabras y gamuzas, si bien también ha dirigido su atención a las marmotas, que ahora abundan en varios de sus dominios pirenaicos. Las tortugas, donde las hay, son despachadas también con el mismo trato ignominioso; sus captos no ven razón para efectuar distinciones sutiles entre ellas y un hueso grande y apetitoso.

Desde tiempos bíblicos, cuando el quebrantahuesos era considerado, quizá providencialmente, como un pájaro impuro, un animal que no se podía comer, se ha hablado mucho de sus hábitos alimenticios. Este ave, la única osteófaga del mundo, ha tenido mala prensa las más de las veces, y su desaparición en la mayor parte de su antigua zona de distribución en Europa se ha debido sin duda, en parte, a la creencia generalizada de que esta especie capturaba corderos jóvenes de sus rebaños, los levantaba cientos de metros en el aire, los precipitaba contra las rocas del suelo y bajaba para devorar ávidamente sus entrañas todavía calientes.

El quebrantahuesos ha recibido otros nombres en español, como águila barbuda y osífrago, literalmente «rompedor de huesos». Éste último se corresponde con la denominación en inglés antiguo *ossifrage*, que, de un modo un tanto inexplicable, se trasladó más tarde a la imagen del águila pescadora. «El osífrago, o águila despreciada», comienza una aclaración erudita del término de un autor del siglo XVII, dejando que el lector se pregunte cuál de las dos rapaces sería más despreciada en aquella época: el águila pescadora, por robar los peces de ríos y estanques, o el quebrantahuesos, célebre por su malévolafición a localizar escaladores que buscaban huevos entre las grietas y despeñarlos a la muerte desde las cornisas de roca. Además, los que padecen de alopecia harían bien teniendo en cuenta la advertencia implícita en otra leyenda, que afirma que el dramaturgo griego Esquilo murió tras ser alcanzado en su calva cabeza por una tortuga arrojada por un quebrantahuesos que la confundió con una piedra.

—Bien, el motivo por el que he traído estos egagrópilas es que existe una historia muy interesante relacionada con un quebrantahuesos y un cadáver humano. —«Esto debería tener suficiente morbo para llamar su atención», se dijo el maestro—. Quizá habéis oído hablar del caso: salió en los noticiarios y en todos los periódicos hace unos diez años.

—¡Hace diez años yo sólo tenía dos! ¡Aún no sabía leer! —exclamó Manel.

—Y ahora tampoco —replicó Albert.

—¡Ja, ja! Muy gracioso.

—Muy bien, chicos, tranquilos. Ya sé que erais todos muy jóvenes entonces, pero creía que quizá vuestros padres os lo habrían contado.

—Los únicos periódicos que lee mi padre son los deportivos —dijo Joan.

Finalmente fue Albert quien reaccionó como esperaba el maestro:

—¿Cuál es esa historia, profe?

—Es el fascinante relato del hombre de hielo del Aneto...

El pico del Aneto se levanta a 3.404 metros, y como tal es el más alto de los Pirineos. Posee además el glaciar más extenso de España, si bien está sucumbiendo rápidamente al calentamiento global: las significativas estadísticas indican que el glaciar del Aneto ha disminuido desde las 692 ha que ocupaba en 1894 a menos de 160 ha en la actualidad, y que en los últimos veinte años, las dos décadas que llevo viviendo en España, su tamaño se ha reducido a menos de la mitad. Afortunadamente he aceptado la probabilidad de que mis ojos nunca verán un glaciar español, ya que el único aliciente que me daría el impulso suficiente para conquistar una cima tan alta por mis propias fuerzas (y necesitaría hacer acopio de muchas si pretendía ascender el Aneto) sería localizar un esquivo pájaro que habita a gran altitud, como es el caso del gorrión alpino.

Buscar gorriones alpinos era el principal objetivo que tenía en mente cuando, un verano, recorrí la larga carretera sinuosa que sube desde el pueblo de Aneto hasta los terraplenes de la presa de Llauset. Era mediados de julio, ya había terminado la escuela y mi hijo de nueve años Àlex me acompañaba a condición de que regresáramos a casa por la noche con tiempo suficiente para volver a su Gameboy. Llauset, una presa con terraplenes de piedra construida para generar energía hidroléctrica, a la que se accede atravesando un túnel muy mal iluminado de casi 2 kilómetros de longitud, me parecía el destino ideal fundamentalmente debido a la existencia de una carretera que llevaba hasta la considerable altitud de 2.100 metros. Razoné que desde allí tendría una ascensión afortunadamente corta hasta las alturas donde podía confiar ver gorriones alpinos.

Aparcamos sobre la presa, y apenas habíamos dejado el coche cuando divisamos la inconfundible silueta del quebrantahuesos planeando en lo alto. Mientras lo observábamos con nuestros prismáticos, aparecieron otros dos. Traté de juzgar el entusiasmo de Àlex por aquella observación, incitándole a responder:

—¡Vaya! ¡Mira, Àlex! ¡Tres quebrantahuesos al mismo tiempo!

—Sí —contestó con voz monótona. Después de pensar por unos momentos, me hizo una pregunta—: Papá, si hubiera una pelea entre un quebrantahuesos y un águila real, ¿quién ganaría?

—Pues, bueno..., el quebrantahuesos es más grande que el águila real, pero ésta es probablemente más ágil y..., bueno, más agresiva. El águila real, supongo. Aunque no creo que dediquen mucho tiempo a pelearse.

Volvió a examinar las aves a través de sus prismáticos, seguramente esperando que un águila real furiosa apareciera en escena y entablara con uno de los quebrantahuesos un combate aéreo, cuyo resultado refutaría o confirmaría concluyentemente mi predicción. Eché una fugaz mirada alrededor, pero no, no se veía ningún águila real.

—Papá, ¿por qué uno de los quebrantahuesos tiene el pecho negro?

Sobresaltado, examiné los pájaros de nuevo, y efectivamente uno de ellos presentaba una mancha oscura de tamaño considerable en la parte inferior del pecho.

—Sí, eso es muy interesante, Àlex. Supongo que se acaba de dar un baño de arena.

Me miró para ver si bromeaba.

—¿Un baño de arena? —preguntó, incrédulo.

Los quebrantahuesos tardan entre seis y siete años en alcanzar la madurez sexual, y durante ese tiempo el color de su cuerpo va desde un gris apagado hasta adquirir una tonalidad de ante intensa. Sin embargo, esta rica coloración adulta no es consecuencia de la muda, sino que se deriva más bien de la afición del pájaro adulto a darse baños de arena. Las aves impregnan su plumaje de óxidos de hierro que desprenden de las paredes de grietas y salientes, donde estos compuestos aparecen disueltos en agua. A menudo esto da lugar a una mancha oscura que el ave procede entonces a extender sobre las plumas de su cuerpo con la ayuda del pico. En épocas de sequía, cuando tales compuestos escasean y son difíciles de reponer, el color de ante del cuerpo del quebrantahuesos pierde intensidad paulatinamente hasta adquirir un tono pálido y blancuzco, un fenómeno que se da también con frecuencia en aves cautivas. La explicación más plausible para este comportamiento parece residir en la protección del plumaje: los óxidos proporcionan rigidez a las barbas y bárbulas de las plumas, aumentando así su resistencia al viento cortante y a la elevada humedad tan típicos de sus dominios montañoses.

—Ah —dijo Àlex después de escuchar atentamente mi explicación—, ¿de manera que esos tres quebrantahuesos son todos adultos?

—Sí. Puedes ver que todos tienen ese color anaranjado intenso en el cuerpo.

—¿Y sabes si son hombres o mujeres?

—¿Machos o hembras? —le corregí—. Eso es más difícil. Por lo general no puede saberse con sólo mirarlos.

Sus labios esbozaron lentamente una tímida sonrisa.

—A menos que estén haciendo..., ya sabes..., cosas feas. Hacer el amor —dijo.

En realidad, si uno llegara a sorprender una pareja de quebrantahuesos apareándose, lo único que podría afirmar con alguna certeza sería que el de encima es un macho. No sabría necesariamente si son los componentes de una pareja reproductiva normal o de un trío poliándrico. Los tríos poliándricos son unidades reproductivas formadas por una hembra y dos machos, los cuales copulan con la hembra y colaboran en las labores de nidificación. Este *ménage à trois* se registró por primera vez en los Pirineos en 1979, y actualmente entre un 15% y un 20% de los territorios pirenaicos de quebrantahuesos están ocupados por tríos, una cifra que aumenta hasta un sorprendente 32% en la comunidad autónoma de Aragón. ¡Había incluso un nido en el que se observó la presencia de cuatro aves adultas! Para condimentar aún más las cosas, una observación diligente de las actividades de los miembros de esos tríos ha revelado que las montas entre machos distan mucho de ser esporádicas, y constituyen un 26% y un 11% de todos los intentos de apareamiento registrados en dos tríos diferentes estudiados en años distintos. Al parecer se trata de una liberación de agresividad masculina.

Los investigadores han estado tratando de encontrar las explicaciones posibles para esta conducta sexual más bien bohemia y creen que el fenómeno de los tríos poliándricos podría tener consecuencias importantes para la conservación de la especie. Se ha atribuido diversamente a proporciones de sexos sesgadas —ha habido una relativa falta de hembras—, a densidades reproductivas elevadas o a la escasez de alimento. También la afinidad genética entre los machos puede tener incidencia, pero hasta ahora no se ha dado con pruebas sólidas que sustenten cualquiera de estas teorías. Por poco convencional que pueda resultar este arreglo, los miembros machos tienen la posibilidad de beneficiarse de compartir sus esfuerzos reproductivos, aumentando así su longevidad y el éxito general de la reproducción. Los machos secundarios suponen la ventaja añadida de que pueden ocupar el territorio a la muerte del macho dominante, que, pensándolo bien, debería vigilar por si llueven tortugas.

—Todo esto es muy interesante, pero creía que nos iba a hablar del hombre de hielo del Aneto —se quejó Sara.

—Bueno, a eso voy, pero he pensado que os gustaría conocer algunos antecedentes antes de empezar —explicó el profesor.

Miró a sus alumnos, cuyas caras le decían que más valía que omitiera cualquier otra introducción.

—Muy bien —dijo—, os hablaré del hombre de hielo.

Un día dos estudiantes universitarios analizaban el contenido de egagrópilas de quebrantahuesos, como los que tengo aquí, para su proyecto de último curso sobre la relación entre la dieta del quebrantahuesos y las actividades agrícolas en los Pirineos españoles. Cada egagrópila era abierto metódicamente y los fragmentos de huesos identificados por especies: éste de gamuza, ése de marmota, aquél otro de pájaro, etc. En uno de los egagrópilas encontraron un hueso que no correspondía a ninguna de las especies que conocían, pero que se parecía mucho a una falange humana, es decir, el hueso de la punta del dedo. Curiosos, lo llevaron a un amigo suyo que estudiaba medicina, quien confirmó su identificación: parecía, en efecto, una falange humana, pero ¿por qué estaba tan decolorado? No hallaron ninguna explicación.

Siendo ciudadanos responsables, llevaron la prueba a una comisaría de policía, donde al principio les costó mucho trabajo intentar convencer a los escépticos agentes del orden de la autenticidad del hueso en cuestión. Pero finalmente lo consiguieron, y la policía emprendió la investigación. ¿Dónde habían encontrado el egagrópila del que procedía el hueso? En las laderas del Aneto, respondieron. Después de mandar el hueso a un laboratorio para su análisis, la policía consultó otras fuentes. Acudieron al centro de recuperación de fauna salvaje de Lleida y preguntaron al veterinario si era posible que un quebrantahuesos hubiera ingerido parte de un ser humano. El veterinario contestó que no era imposible; en la India, por ejemplo, suelen dejarse cadáveres humanos flotando en las aguas del Ganges, donde son devorados por los buitres. Sin embargo, en España, las ocasiones de que cualquier tipo de buitre se alimente de restos humanos son limitadas, por no decir otra cosa. ¿Había algún modo de localizar el cuerpo, si es que existía, a partir de aquel hueso? Bueno, dijo el veterinario, no sería fácil: suponiendo que el egagrópila procediera de una pareja reproductiva conocida, la búsqueda podría restringirse a los límites de su territorio, por cuanto las parejas reproductivas eran completamente sedentarias; sin embargo, su radio de acción era enorme y oscilaba entre 300 y 4.800 kilómetros cuadrados de parte del terreno más inaccesible de todo el país. ¿Y si el egagrópila no correspondía a un adulto territorial conocido? Entonces la única posibilidad, aunque remota, consistía en que el ave llevara marca alar. ¿Marcas alares?

Desde 1987 se han marcado más de 33 quebrantahuesos jóvenes: se les han fijado en los bordes delanteros de ambas alas unas marcas en una combinación única de colores que permite identificar de un modo inequívoco a su portador y que

proporciona información útil sobre los movimientos del ave. Se sabe que los jóvenes se dispersan por una amplia zona de los Pirineos, en primera instancia emprendiendo vuelos exploratorios en un radio de 8 kilómetros del nido. Varios meses después de su vuelo inaugural pueden alejarse hasta 20 kilómetros del nido y permanecer en la misma área durante más de una semana, raramente buscando comida por sí mismos, prefiriendo parasitar en los yunques de parejas adultas de visita o bien pedir alimento. Posteriormente pueden cubrir distancias de hasta 140 kilómetros en línea recta y finalmente, cuando tienen tres años o más, pueden recorrer todo el Pirineo. El radio de residencia medio de 13 de esos jóvenes marcados era de 4.932 kilómetros cuadrados, y un ejemplar llegó a desplazarse en un sorprendente radio de 10.294 kilómetros cuadrados!

La policía volvió a interrogar a los estudiantes. ¿Habían visto el pájaro que había producido aquel egagrópila? Sí, o por lo menos eso les parecía, pues vieron un quebrantahuesos posado en una cornisa que regurgitaba un egagrópila, y cuando fueron a investigar la zona encontraron varios egagrópilas. Bien. ¿Estaba marcado el pájaro con marcas alares? Bueno, sí, así era. Anotaron la combinación en un cuaderno, pero no habían vuelto a consultarlo. Ahí estaba: una etiqueta amarilla en el ala izquierda y una azul en la derecha. ¿Quién marcaba las aves y registraba sus movimientos? Los agentes rurales de Cataluña y Aragón deberían poder proporcionar toda la información necesaria.

Debidamente consultados, los agentes rurales de Aragón fueron de gran ayuda: la combinación de las etiquetas de las alas correspondía a un ejemplar de cuatro años llamado Eva, que había transcurrido los últimos meses en las laderas del Aneto. De hecho, el ave había sido observada con cierta regularidad, algo impropio de la especie, alimentándose cerca del pico de la montaña, en el glaciar. Siguiendo estas indicaciones, se organizó una expedición a la zona y, después de una búsqueda exhaustiva, se encontró un cuerpo humano con un brazo y parte de la cabeza asomando fuera del hielo. Las partes expuestas estaban un poco estropeadas por los bordes, y sin duda los dedos que le faltaban habían servido de canapés para saciar el apetito de Eva, pero el cuerpo estaba singularmente intacto para haber transcurrido aproximadamente 5.000 años en una tumba de hielo en lo alto de una montaña.

Estudí el mapa minuciosamente y me planteé la posibilidad de tomar un atajo para ganar altura con mayor rapidez por una ladera escarpada y cubierta de hierba que se extendía detrás de una zona sembrada de grandes piedras.

—¿Quieres que subamos hasta allí? —pregunté a Àlex.

—¡Vale! —contestó él, siempre dispuesto a trepar.

Saltamos de roca en roca y pronto fuimos reprendidos por un par de marmotas, cuyos estridentes chillidos de alarma resonaban en las faldas de la montaña. Nos detuvimos a observar un acentor alpino posado en una roca antes de abordar la herbosa ladera, sujetándonos a las matas y agarrándonos a las piedras para impulsarnos hacia arriba. Alcanzamos la parte superior, resoplando con fuerza, y nos sentamos a descansar sobre la hierba a la orilla de un pequeño lago.

—¿Tienes hambre? —pregunté, sabiendo que tenía que estar muy enfermo para rechazar el ofrecimiento de algo de comer, sobre todo si era dulce.

—¡Oh, sí! —respondió con entusiasmo.

Hincamos el diente a nuestras tabletas de chocolate, disfrutando de la refrescante brisa que envolvía nuestros cuerpos calientes. Àlex despachó muy pronto su tentempié y lo regó con unos tragos de agua. Durante nuestro descanso, unos cuantos saltamontes habían saltado en varias direcciones y el miedo que aquellos insectos inspiraban a Àlex lo había inquietado. Se me ocurrió distraerlo con algunas curiosidades referentes a los quebrantahuesos.

—¿Sabías que los quebrantahuesos ponen normalmente dos huevos, pero sólo uno de los polluelos llega a ser un ave adulta? —pregunté.

Me miró a los ojos y, despertada su curiosidad, dijo:

—No, ¿por qué?

—Bueno, un polluelo sale del huevo antes que el otro, de manera que siempre hay uno que es mayor que su hermano.

—Como yo y David —observó.

—Sí, como tú y David —dije—. De modo que sus padres, como mamá y papá, tienen que alimentar dos bocas hambrientas. —Àlex sonrió—. Pero la diferencia es que a los quebrantahuesos les resulta muy difícil encontrar comida suficiente para alimentar a los dos polluelos, y cuando llevan comida al nido es casi siempre el hermano mayor el que la consigue.

Àlex frunció el ceño.

—¿Por qué no la reparten sus padres a partes iguales? —preguntó.

—Porque no hay suficiente comida para los dos; si hicieran eso ambos polluelos morirían. Así pues, mientras el hermano mayor va haciéndose más grande y más fuerte, el pequeño se debilita y a menudo se muere de hambre.

Esto atentó contra el sentido de la justicia de Àlex.

—Yo no dejaría morir a mi hermano pequeño —dijo en tono acusador.

—Ya sé que no lo harías. Pero también es verdad que vosotros nunca pasáis hambre. En realidad el polluelo mayor suele estar tan hambriento que a veces pica y mata a su hermanito y después se lo come!

Mi hijo, horrorizado, abrió los ojos como platos.

—¡Se come a su hermano! —exclamó con una expresión de intensa repugnancia.

Madre quebrantahuesos: —¡Hola, niños!

Polluelo quebrantahuesos: —¡Hola, mamá!

Madre: —¿Dónde está Júnior? ¡Júnior! ¡Júnior! ¡Oh, vaya, debe de haberse caído del nido! ¡Dios mío!

Polluelo: —Esto..., no, mamá, no se ha caído.

Madre: —Bueno, ¿y dónde está?

Polluelo: —Aquí (se señala el vientre).

Madre: —¿Qué quieres decir? No lo veo.

Polluelo: —Eso es porque me lo he comido.

Madre: —¿Qué? ¿Todo entero?

Polluelo: —Bueno, ya sabes que con este mal tiempo y después de dos días enteros sin comer... tenía tanta hambre que me habría comido un caballo. Y además, siempre nos dabas la lata con que empezáramos a tomar sólidos.

Madre: —¡Pequeño tunante! ¡Qué apetito!

Polluelo: —No estás enfadada conmigo, ¿verdad, mamá?

Madre: —¿Enfadada? No, claro que no, cariño. ¿Por qué debería enfadarme? Para eso sirven los hermanos pequeños, ¿sabes?

Este fenómeno tiene un nombre: se llama cainismo, por el Caín bíblico que mató a su hermano Abel. Investigadores españoles han tenido la idea de salvar algunos de los segundos polluelos justo después de salir del huevo para crear una reserva genética de aves cautivas, dispuestas para futuras reintroducciones cuando y donde se considere necesario. De este modo confían en salvaguardar el quebrantahuesos de la posible extinción en el medio natural.

Desconcertado, consulté el mapa de nuevo y traté de averiguar dónde estábamos exactamente. Era evidente que había calculado mal la escala. Se hacía tarde, y lo más razonable que podíamos hacer era bajar la montaña con cuidado y regresar al coche por donde habíamos venido. Pero no quería deshacer el camino: era una de las cosas que siempre procuraba evitar.

—Lo único que tenemos que hacer es escalar esa zona rocosa hasta la cima y luego bajar por la otra vertiente; no es tan escarpada. ¿Crees que puedes hacerlo? —pregunté.

Àlex miró la cara rocosa en cuestión y el inquietante precipicio que se extendía debajo con dudas, pero accedió, confiando en mi criterio.

Cinco minutos después deseé que no lo hubiera hecho.

—Àlex, mueve un brazo y una pierna al mismo tiempo, sujétate bien y no mires abajo —dije, tratando de transmitir una serenidad que no poseía.

—¡Papá, tengo miedo! —sollozó Àlex.

Yo también. Estaba agarrado a una roca con mi mano derecha y empujaba el trasero de mi hijo con la izquierda, esforzándome sin cesar por evitar que me temblaran las rodillas. Justo debajo de nosotros había una ladera escarpada y sembrada de piedras, inclinada en un ángulo al que no creía que sobreviviríamos si perdíamos pie. Nos hallábamos en una situación tan comprometida que habría sido el momento ideal para que un quebrantahuesos vengativo ejemplificara la fama legendaria de su especie y bajara de las cumbres, nos golpeara con sus fuertes alas y nos precipitara a la muerte. Qué escena tan macabra para un excursionista de paso: itropezarse con un quebrantahuesos alimentándose de las entrañas aún calientes de los cadáveres de padre e hijo!

Àlex y yo alcanzamos el coche con un suspiro, cansados pero relativamente ilesos. En realidad la única señal externa de nuestra angustiada experiencia estaba en nuestras palmas enrojecidas, arañadas al deslizarnos por la escarpada ladera hasta la orilla de la presa como si bajáramos con un trineo, pero sin trineo. Cuando Àlex hubo realizado el último esfuerzo para izar su cuerpo al césped que coronaba la cara rocosa que escalábamos yo había sentido un enorme alivio, pero ahora había sido remplazado por un terrible sentimiento de culpabilidad por haber llevado a mi hijo a una empresa tan peligrosa. Había hipotecado mis responsabilidades paternas y sólo los caprichos de la buena suerte me habían librado de pagar un precio impagable. Pensé en cómo se habría horrorizado Florinda si nos hubiera visto aferrados a aquella cara rocosa, rezando ambos para que alguna fuerza nos pusiera a salvo.

—Esto... Àlex —empecé a decir.

Él bajó los prismáticos y me miró.

—¿Sí, papá?

—Estaba pensando que no hay ninguna necesidad de que contemos a mamá nuestra pequeña aventura escalando esas rocas, ¿verdad?

—No, sólo armaría un escándalo.

¡Qué chico tan listo!

—Exactamente —dije, contento de que compartiera mi punto de vista.

—¿Sabes una cosa, papá? —dijo él.

—No, ¿qué?

—Creo que desde hoy ya no volveré a tener miedo a los saltamontes nunca más.

—Y desde aquel día los pueblos vecinos organizan actos festivos coincidiendo con la fecha del descubrimiento del mundialmente famoso hombre de hielo del Aneto.

El profesor se recostó en su silla y observó las caras de sus alumnos. Por un momento se habría podido oír caer una aguja. Pero sólo por un momento. Míriam fue la primera en romper el silencio.

—Lo que no entiendo es por qué los quebrantahuesos ponen dos huevos si sólo puede sobrevivir un polluelo.

—Muy buena pregunta, Míriam —respondió el maestro—. Algunos científicos creen que es una especie de estrategia defensiva contra la posibilidad de perder un huevo, mientras que otros opinan que puede ser debido a la «inercia evolutiva», lo que significa que los quebrantahuesos empezaron a poner dos huevos hace mucho tiempo y no han llegado a evolucionar para poner sólo uno.

Albert fue el siguiente:

—¿Por qué ese quebrantahuesos, Eva, no fue a un restaurante para buitres en lugar de comer huesos de 5.000 años de antigüedad? Debían de saber a calcetines viejos.

La mayor parte de la clase estalló en risas. Animado, Manel también tenía que decir lo suyo:

—¿Asomaba también el pito del hombre de hielo fuera del hielo? ¿Se lo comió el pájaro?

La respuesta de la clase fue estridente, pero forzada. El profesor, levantándose, volvió a coger las riendas.

—Tengo para vosotros una pregunta relacionada con esta historia, y es la siguiente: ¿realmente pisaron la luna los astronautas norteamericanos en 1969?

Resultaba evidente que los alumnos eran incapaces de encontrar ninguna relación entre quebrantahuesos que se comían dedos de un hombre de hielo y el gigantesco salto para la humanidad de Neil Armstrong.

—¿Qué tiene eso que ver? —fue la consiguiente respuesta.

—Bueno —dijo el profesor con un ligerísimo esbozo de sonrisa de complicidad—, desde hace algún tiempo ha ido tomando fuerza la creencia de que el hombre fue incapaz de conquistar la luna en 1969 y que el alunizaje fue un «montaje» muy elaborado. Vuestros deberes para el próximo viernes consistirán en averiguar qué pruebas se han presentado para sostener esta opinión. Me gustaría también que

reflexionarais sobre el descubrimiento del hombre de hielo del Aneto, decidierais si lo creéis o no, y dierais *buenos* motivos para vuestra elección.

—¿Quiere decir que lo que nos ha contado no es verdad? —preguntó Míriam, casi ofendida por aquella posibilidad.

—En este momento esto sólo lo sé yo y vosotros debéis averiguarlo. ¡Hasta la semana que viene!

Capítulo gratis cortesía de :

